

La hora ahorcada 12

PUBLICACION DEL PROGRAMA DE PROFESIONALIZACION DOCENTE
DEL PERSONAL ACADEMICO DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA

Febrero 10, 1992

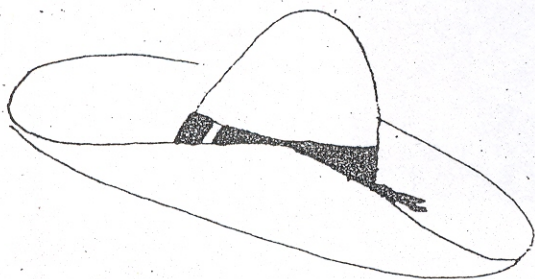
Suplemento coleccionable de la Gaceta ENP

Los adolescentes

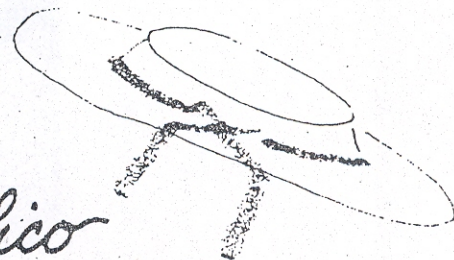
El adolescente en el proceso enseñanza-aprendizaje

(Notas para una conceptualización)

continuación



ne un carácter fundamentalmente hipotético-deductivo, es decir, descubrir lo real dentro de lo posible supone, en primera instancia, consi-



El adolescente como sujeto científico

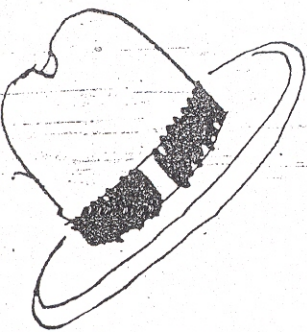
Hablar del adolescente como "científico" implica asumir una posición en torno a diversos conceptos prioritarios que enmarcan y dan coherencia a nuestra práctica docente.

En primer lugar, esta aseveración nos conduce a adentrarnos en un campo importante de su estructura psíquica: su pensamiento.

La propiedad más importante del pensamiento operacional formal del adolescente, de acuerdo a Piaget, concierne a la distinción entre lo real y lo posible (Flavell, 1979). Esta orientación del pensamiento implica una estrategia cognoscitiva que trate de determinar la realidad dentro del contexto de la posibilidad, lo cual tie-

derar lo posible como un conjunto de hipótesis que deben confirmarse o refutarse de modo sucesivo, para después descartar las hipótesis que los hechos refutan y aceptar aquellas que se ven configuradas por los datos.

Al mismo tiempo, el pensamiento formal es, sobre todo, pensamiento



proporcional, esto es, el adolescente manipula en su razonamiento afirmaciones o enunciados -proposiciones- que "contienen esos datos".

Flavell (1979) presenta un paradigma inicial respecto a la forma en que piensa el adolescente.

"Comienza por organizar los diversos elementos con las técnicas operacionales concretas de la etapa intermedia de la niñez. Estos elementos organizados son luego formulados como enunciados o proposiciones que pueden combinarse de diversas maneras. Mediante el método del análisis combinacional, el adolescente luego aísla para su consideración la totalidad de las distintas combinaciones de estas proposiciones. Estas combinaciones son consideradas como hipótesis, algunas de las cuales serán confirmadas y algunas refutadas por la posterior investigación".

En suma, una de las manifestaciones de la orientación hacia lo posible y lo hipotético del pensamiento formal del adolescente, es su tendencia a explorar todas las posibilidades sometiendo las variables del problema a un análisis combinatorio. Este análisis le proporciona una imagen cognoscitiva de cuáles son las posibilidades existentes; los siguientes pasos consisten en observar y experimentar con el fin de ver cuáles de estas posibilidades se presentan como realidad, y a partir de esta información extraer deducciones lógicas respecto de la estructura causal del sistema.

En este sentido, todos los rasgos descritos del pensamiento formal se unen para hacer de él un buen instrumento para el razonamiento científico.

Inhelder y Piaget (1958) piensan que gran parte de la diferencia entre el comportamiento cotidiano del niño y del adolescente puede expresarse del siguiente modo: el adolescente vive en el presente, pero a diferencia del niño, vive en gran medida en el no presente, es decir, en el futuro y en el dominio de lo hipotético. Su mundo conceptual está lleno de teorías informales acerca del yo y de la vida, lleno de planes para su futuro y el de su sociedad, lleno de ideas que van mucho más allá de su situación inmediata, de sus relaciones interpersonales, etcétera. El adolescente extiende su mundo con-



ceptual a lo hipotético, lo futuro y lo especialmente remoto, asimismo comienza a asumir roles adultos; el mundo de las posibilidades futuras potencialmente significativas (selección ocupacional, elección conyugal, etc.) es para él un objeto de reflexión de suma importancia.

De igual forma, hablar del adolescente como un "científico" requiere de la resignificación de conceptos tales como: alumno, aprendizaje, educación, docente.

Al respecto, cuando caracterizamos al adolescente (y en general, al sujeto, aprendiz) como un "científico", no queremos decir que lo sea



en términos formales, pero sí que como sujeto cognoscente, es esencialmente activo, tiene intereses y preocupaciones específicas, formula sus propias hipótesis, inventa e interpreta los diversos fenómenos.

Entender al adolescente como

"científico", significa aceptar que elabora su concepción del mundo y desarrolla teorías sobre los fenómenos que observa, así como entender el papel de tales concepciones y teorías en la asimilación e interpretación de la información proporcionada por el maestro.

Respecto a la noción de aprendizaje que subyace a este concepto de adolescente, habría que redefinirlo como un proceso de construcción del conocimiento en el cual el sujeto (adolescente) opera sobre el objeto (contenidos) de conocimiento con la finalidad de apropiarse de él y transformarlo, a la vez que él mismo se modifica y enriquece por su acción sobre el objeto. Es un proceso constructivista, porque se construye permanentemente y es relativista porque no es algo dado de una vez y para siempre, sino que es relativo a un momento determinado del proceso de construcción.

Sobre el concepto de educación, éste es asumido en un sentido amplio como transmisión de cultura. La educación como proceso social es la vía mediante la cual las sociedades preparan a sus nuevas generaciones, a través, tanto de los patrones y estilos culturales, como de los procesos de transformación de los que surgen modalidades diferentes al legado perpetuado y que proporcionan su renovación, cambio y desarrollo (Pain, 1975).

La educación desde un punto de vista participatorio y dialógico, es considerada como un modelo horizontal, donde los conocimientos se construyen a partir de las relaciones, confrontaciones e intercambios entre alumnos y entre alumnos y maestros (Gutiérrez, 1984). Este modelo de educación, se opone al modelo tradicional de educación vertical, donde los conocimientos son transmitidos en un solo sentido: de maestro a alumnos, lo cual implica un manejo del poder, dado por la consideración de que el maestro "sabe" y los alumnos "no saben".

Este concepto de educación hori-

zontal está estrechamente vinculado con la noción de alumno participante, activo, "científico", mencionado con anterioridad.

Por otra parte, hablar del docente definiendo su perfil y características constituye una tarea inútil, ya que el

foco de atención debe cambiar hacia el análisis de su práctica como una de las cuestiones fundamentales para la comprensión del ser docente.

En este análisis es necesario abordar a la escuela como el lugar donde se desarrolla este trabajo, pero ade-

más, como la institución social encargada de impartir educación, es decir, estudiar a la escuela como el punto de encuentro de las situaciones tanto estructurales como sociales que determinan, en gran medida, las características de este trabajo. (Rockwell, 1981).

El adolescente como filósofo

Hablar del adolescente como un filósofo no significa que elabore sistemas complejos de ideas, sino que desarrolla representaciones del mundo en que vive y juicios acerca de las diferentes reglas que rigen las diversas instancias sociales (familia, escuela, comunidad, etcétera) en las que participa.

Hay que recordar que una de las características más importantes del pensamiento adolescente es su naturaleza hipotético-deductiva, es decir, se introduce al horizonte de lo posible; juega con las diversas alter-

nativas en el mundo de las ideas, crea y redescubre filosofías de la vida, y actúa en el presente y piensa en el futuro. (Inhelder y Piaget, 1958).

Los adolescentes desarrollan una representación de la sociedad en la que viven, así como juicios acerca de las reglas morales. Estas ideas y juicios que forman parte de su vida cotidiana, son introducidas en el salón de clases influyendo en el establecimiento de las relaciones sociales entre los alumnos y entre éstos y el maestro.



El adolescente como ser histórico-social

El adolescente es un ser social en el sentido de que está inmerso y conforma cierto tipo de relaciones sociales, tiene un rol específico en su familia y comunidad, y pertenece a una determinada clase social, lo cual le proporciona una visión particular del mundo.

La realidad del adolescente se introduce con él al mundo escolar y lo conforma, está presente en el proceso educativo, en la medida en que los contenidos manifiestos y "ocultos" que se le proporcionan en la escuela son apropiados de acuerdo a sus esquemas referenciales, a su pertenencia cultural y social. Su ser social se convierte en la materia principal donde se construyen los éxitos y fracasos escolares.

La pertenencia social y cultural del adolescente, la familia a la que per-

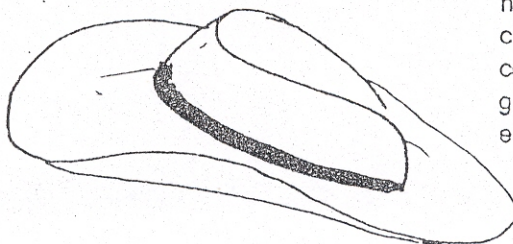
tenece, su grupo étnico, rural o urbano, la comunidad en la que vive, los trabajos específicos que desempeña fuera de la escuela, sus obligaciones familiares, el lugar que ocupa en la organización familiar para el trabajo, el nivel de escolaridad de sus padres, sus recursos económicos, su concepción del mundo y de la vida, sus costumbres y manera de proceder, etcétera, conforman

las distintas realidades de los alumnos y forman parte activa en

los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Por otro lado, la escuela contribuye a la reproducción social, en tanto que es un espacio dividido y jerarquizado, que responde a formas de ordenar y a una organización interna donde sustenta su legalidad y en la cual se delimitan sus funciones. Por lo anterior, es en la escuela donde tiene un contacto más formal con el mundo de las instituciones, con la sociedad, a aprender a desempeñar ciertos roles sociales y todo lo necesario para el mantenimiento de formas, relaciones, órdenes y jerarquizaciones más amplias.

Sin embargo, la relación que establece el adolescente con la escuela no es unilateral, ya que como ser social aprende en su familia y en su comunidad ciertos valores e ideologías con los cuales se incorpora a la escuela, y a partir de éstos se apro-



pia los que le son proporcionados en el proceso escolar. Esto da lugar a un interjuego entre estos dos espacios de socialización. Si bien la pertenencia social de los adolescentes no es generada o resuelta en la escuela, el reconocerla permite partir de la realidad con la que trabaja el maestro y convertirla en experiencias enriquecedoras, y no necesariamente empobrecedoras del quehacer educativo. Responder a lo que los adolescentes son y demandan, con palabras explícitas, o con su sola presencia, es una manera de reconocer qué la diferencia no necesariamente representa una desigualdad que inevitablemente vamos a reproducir.

Al mismo tiempo, cada adolescente es historia acumulada, en la medida que es producto de las prácticas y concepciones de diversos sectores

sociales generadas en distintos momentos del pasado.

Entender su presente requiere buscar en el pasado el sentido y la fuerza de esas influencias y determinaciones, al mismo tiempo, este conocimiento es necesario para generar un arraigo histórico que devenga en construcción activa del presente y del futuro. Para ello se puede partir de la vida cotidiana de los adolescentes, lo cual significa reconocer que su historia inmediata y mediata está siempre presente en el salón de clases, e incorporar su experiencia escolar y extraescolar al quehacer educativo.

Para incorporar este ser histórico en el proceso de enseñanza-aprendizaje, se puede empezar reconociendo lo que sucede día a día en el aula, observar la organización que se establece entre ellos, ya que es

en función de ella que los adolescentes se apropian de los conocimientos que se les proporcionan, presentándose invulnerables ante temas ajenos, y extrañándose frente a discursos incomprensibles.

Pero partir de la vida cotidiana no sólo significa reconocer y recuperar la diversidad de actividades de los adolescentes que tienen lugar en cada situación escolar, sino también entender que la vida escolar cotidiana está inmersa y adquiere su sentido, integrada al movimiento social e histórico lo cual implica investigar la organización e historia del sistema educativo, así como estar en contacto con los hechos más significativos en la vida de una comunidad y de los grupos sociales que la conforman.

El adolescente como creador y recreador de su cultura

El proceso educativo debe vincularse con la realidad sociocultural específica del adolescente, pero ello requiere de una reconceptualización del término cultura. Si se considera que la cultura es un proceso social de producción, lo cual supone el acto de producir, la circulación y la recepción, entonces tenemos que considerar que el adolescente puede participar (y de hecho lo hace) produciendo y haciendo circular los objetos culturales, así como otorgando diferentes significados a todo acto y objeto cultural.

Conceptualizar el adolescente como creador y recreador de su cultura implica reconocer su carácter participativo en la creación cultural, lo cual está indisolublemente ligado a una noción de hombre activo y a una perspectiva pedagógica participativa.

Finalmente, este escrito pretende servir de pretexto para una reflexión sobre las diferentes maneras para

aproximarnos al mundo de los adolescentes, tomando en cuenta algunos conceptos teóricos acerca de los diversos aspectos que conforman el mundo del adolescente y,

nos conduce, finalmente, a la necesidad de que cada docente construya o reconstruya sus propias alternativas de acuerdo a la realidad que vive.

Referencias Bibliográficas

Flavell, J. La psicología evolutiva de Jean Piaget. Buenos Aires, Ed. Paidós. 1979.

Gutiérrez, F. Educación como praxis política. México, Ed. Siglo XXI. 1984.

Inhelder, B., Piaget, J. De la lógica del niño a la lógica del adolescente. Buenos Aires, Ed. Paidós. 1958.

Rockwell, E. "De huellas, bardas y veredas: Una historia cotidiana en la escuela". México, IPN. Cuadernos de Investigación Educativa, N° 3. 1982. pp. 3-56.

